

Los Libros

MANUEL UGARTE Y SU ÚLTIMO LIBRO

«Escritores Iberoamericanos de 1900», ha intitulado Manuel Ugarte al vigésimo tercero de sus libros. Es una pulcra edición que, por su forma, honra a la editorial «Orbe» y que por el hecho de aparecer en nuestra latitud, tanto geográfica como espiritual, a Chile,

A primera vista, constituye la esencia de estas fervorosas páginas el retablo anecdótico y biográfico, en que Ugarte evoca, como quien coloca doce placas en una linterna mágica, a las figuras de Delmira Agustini, Francisco Contreras, José Santos Chocano, Rubén Darío, Enrique Gómez-Carrillo, José Ingenieros, Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Belisario Roldán, Florencio Sánchez, Alfonsina Storni y José María Vargas Vila. Sin embargo, la verdadera médula de la obra la constituye la hondura con que aborda el problema que denominaríamos «la condición social del escritor» y la solidez de los argumentos, ya psicológicos o sociológicos, propios de abogado de muy buena ley, por cierto, con que asume la defensa moral e histórica de los escritores iberoamericanos de la generación de 1900.

Con su habitual valentía de caballero andante de las cosas del espíritu, inicia sus reflexiones sobre la condición social del escritor con estas palabras: «Los valores se cotizan entre nosotros—nos habla de América del Sur—en este orden: primero, el dinero; segundo, la influencia política; tercero, la antigüedad

de familia, valor este último en plena decadencia. No había por entonces, ni hay ahora, más jerarquías».

Luego viene una salvedad que, a duras penas, nos honra; «Con excepción de Chile, que supo dar a Gabriela Mistral facilidades para su desarrollo; y de México, que ha utilizado en la diplomacia a algunos intelectuales, el escritor iberoamericano siente sobre sus espaldas el peso de una irremediable inferioridad. No es nada. No es nadie. Para él todo se reduce a esperar la pobre cruz de madera que pondrán sobre su tumba los diarios locales cuando se vaya, pobre, descorazonado, arrepentido de haber querido servir a su patria». Y en la pág. 25, agrega: «Esta sensación de inferioridad aparente, por encima de las equivalencias reales, la tuvo Darío hasta el fin; No pudo desprenderse de ella durante su larga permanencia en París. Y como no cultivó amistades oficiales, murió sin obtener siquiera la Legión de Honor, aunque pocos hicieron tanto como él para difundir la cultura francesa en el Nuevo Mundo».

Estos exilados que fueron los escritores iberoamericanos de 1900, residieron, ora en Madrid, ora en París. Llegaron a estas metrópolis, prácticamente huyendo del ambiente bárbaro, mezquino, de sus pueblos natales que nunca cesó de perseguirlos. Sobre el particular (en la página 111), Ugarte nos dice: «Darío se sentía, además, oprimido, como todos los del grupo, por la escasa estimación que le concedían los residentes de nuestras repúblicas en Europa. En aquella nueva edad de oro que fué el principio de este siglo, París vivía en plena orgía de fiestas, homenajes, conmemoraciones y aniversarios iberoamericanos. Dios sabe hasta qué punto se desbordó el Amazonas vanidoso de la raza. No hubo primario, en viaje de exploración que no se pusiera en evidencia con vistas al cable laudatorio destinado a inmortalizar en el terruño. Ligados éstos a los políticos en auge, representantes aquéllos del grupo adinerado y exhibicionista, todos hacían la pirueta que rebotaba en ditirambos de la prensa local. Los únicos cuya labor en Europa fué silenciada,

los únicos a quienes no se dió oportunidad para intervenir, fuimos nosotros. Ni nos invitaban siquiera las Legaciones a las ceremonias prodigadas en épocas en que trigo, salitre, guano y café entregaban su Pactolo a la dilapidación universal».

El medallón que traza de Rubén Darío, en el retablo de que hemos hablado, es tan hondo, tan sabiamente psicológico, que al curso de las palabras de Manuel Ugarte, la turbia leyenda que aun perdura en torno del gran poeta, se diluye, como todo lo deleznable. Hoy día, pensamos que ella fué y sigue siendo la cortina de humo que lanzaron sus adversarios tal vez al sentirse culpables o meramente avergonzados. Sobre el tan bullado derroche de Darío, nos relata (en la pág. 168): «Cuando Rubén Darío se defendía penosamente en París con los seiscientos francos mensuales que le daba un diario por sus crónicas, las gentes decían que tiraba el dinero por las ventanas. En cambio, don Crisanto Medina, Ministro de Nicaragua, es decir, representante diplomático de la república donde nació Darío, costaba cincuenta mil francos mensuales al erario público y todos le tenían por el hombre más equilibrado de la tierra. La distancia nos permite decir ahora, sin que nos tilden de apasionados, que Rubén Darío hizo más por la gloria de Nicaragua que varias docenas de Ministros, sin exceptuar el señor Medina».

La tesis de Manuel Ugarte, en lo que concierne a la condición económica y social del escritor, está cimentada, como era de esperarlo, en la campaña, en el puesto de soldado que le cabe al poeta en los debates de su tiempo. *Expresa*, (pág. 86): «El escritor no puede vivir fuera de la atmósfera del mundo. Si no interviene, falta a sabiendas a su misión. Y si esto me parecía evidente hace treinta años, en épocas serenas, cuando el mar se extendía sin olas, como un espejo, hasta el confín, ahora me parece, desde luego, más axiomático».

Su juicio—al parecer hoy superado en parte—acerca del escritor y el político y las recíprocas relaciones que pueden exis-

tir entre ambos, lo funda Ugarte en una experiencia personal, gestada a través de toda su vida de escritor, cabe decir cuarenta años y afirma: «que si el escritor desprecia al político profesional a causa de su tendencia utilitaria, el político profesional aborrece al escritor, a causa de su instinto lírico. Hay entre ellos incompatibilidad integral. El político persigue, dentro de la ciudad y del momento en que actúa, la conveniencia propia y la de su grupo electoral; mientras el escritor abarca otros horizontes en la geografía y en el tiempo, sirviendo ideales en calidad de precursor. El primero se afana por utilizar las cosas de hoy, sin preocuparse por las de mañana. El segundo, a la inversa, se equivoca, acaso, en el presente, pero acierta en el porvenir. Es por eso que, contrariamente a lo que repiten algunos, los mejores políticos tienen siempre algo de poetas y los peores poetas tienen siempre mucho de políticos». A continuación nos entrega su corolario, casi diríamos, su punta de lanza: «Los únicos que mostraron simpatía por los intelectuales fueron los gobiernos fuertes. Compruebo una verdad, sabiendo de antemano que sobre mí cae el anatema. Porque entre las declamaciones más socorridas entre nosotros, figura, en primer término, la que se refiere a la «libertad». Repercusiones retardadas del romanticismo carbonario de 1840 nos hacen suponer que todos los males son obra de «la opresión». Como en este libro no hago política, no he de discutir el concepto. Sin fallar sobre el fondo, me limito a decir que los gobernantes autoritarios se acordaron de los escritores. El general Zelaya, dictador de Nicaragua, tendió la mano a Rubén Darío. El general Alfaro, César del Ecuador, sostuvo pecuniariamente a Vargas Vila. El general Roca, reputado en la Argentina por su mano férrea, ofreció situaciones ventajosas a Lugones y a Ingenieros... Podría añadir otros nombres, cuyo recuerdo será perdurable también... Como en tiempos de los príncipes, los «tiranos» cumplieron en medio de violencias reales o pretendidas, una alta misión «cultural». (Pág. 102).

Manuel Ugarte, a través de todo el libro insiste, con ahinco, en las causas del desamparo material y moral en que le tocó actuar en América del Sur, a la generación de escritores iberoamericanos de comienzos del presente siglo; situación que, como puede comprobarse, en el curso de cuarenta y tres años, ha variado poco. Señala, al parecer, como la causa específica de este estado de cosas, un cierto pseudo-tradicionalismo de mala raíz hispana, y tratándose de Río de la Plata, agrega, como factor particular, el desmedido crecimiento económico de dichos países, que ha ido en detrimento de su espíritu auténtico. El resultado, tal es su juicio, ha sido el endiosamiento de lo de baja ley, de lo mediocre. (En la pág. 190, nos dice): «En América se tolera una determinada dosis de inteligencia y se permite llegar al hombre hasta una notoriedad—elijá el término, a su gusto, el lector—inofensiva, manuable o casera. Pero, nada más. Salvado ese límite, se abre la zona de peligro. Ir más allá, equivale a declararse enemigo de los ceros. Los ceros forman la mayoría. Hacen ley. Se alinean de tal suerte que en vez de añadir valor, niegan valor a los otros números. Sólo contemporizan con el que adopta la filosofía lúgubre de aquel diplomático anclado en una capital ínfima que contestaba suavemente a mis preguntas:

—¿Qué por qué no hago esto? ¿qué por qué no intento lo de más allá? Bien se ve que usted sigue siendo un soñador. Dentro de nuestra diplomacia, lo primero es hacerse olvidar. Si interrumpo la somnolencia de la Cancillería con proyectos, no tardaré en ser desalojado. Sólo puedo seguir alimentando a mi familia si no se acuerda nadie de mí... Déjeme en la sombra y no diga que me ha visto...

Por las citas que hemos hecho de esta obra, que plantea tan aguda y desnudamente la condición material y espiritual del escritor, podéis presentir el candente anatema que ella encierra. mas no su balance, desolado, trágico. He aquí el primero, «Para permitirles trabajar sin ansiedades, pudo bastar lo que dila-

pidan en una sola noche el calavera inútil, lo que cobra indebidamente un protegido político, o el presupuesto que destina a su perrera el parásito social. Menos aún. Lo que los mismos Estados indiferentes votaron después para honras fúnebres de los intelectuales desdeñados... Pero la tradición de nuestros pueblos es dedicar atención a la muerte y no a la vida. Siempre fué celebrada y premiada, más que la obra, la defunción. Como si la colectividad sólo se reconciliase con los que dejan de existir, como si se sintiese aliviada al desembarazarse de ellos». Mas, oíd el balance, cabe decir la cruz de la misma moneda; «Ninguno ocupó en su país altas situaciones o puestos honoríficos, con excepción de alguna fugaz delegación frustrada. Ninguno escapó a la zozobra económica. Vivieron la mayor parte de su vida en la expatriación, rechazados por el ambiente de la república en que habían nacido. Más de uno duerme el último sueño fuera de su tierra. Sobre doce, seis cayeron en forma trágica. Dos asesinados. Cuatro suicidas. Los demás se acercaron a la tumba como al madero salvador. Ni se cotizaron los valores, ni se utilizaron las facultades. Cualquier asno coronado con bonete de papel gozó de más privanza y prestigio. Pródiga y fácil para cuantos llegan de otras naciones, nuestra América sólo les reservó la implacable aridez de islotes olvidados, lejos de todas las líneas de la navegación nacional.» (Págs. 240 y 244, respectivamente).

En suma, este último libro de Manuel Ugarte, desgarrado, en extremo apasionante y que no excluye el buen humor, debiera ser altamente meditado por nuestros escritores y políticos; los chilenos hemos creado el pueblo de visión más amplia en América del Sur y hemos sido los primeros en afrontar los problemas sociales y del espíritu. Ahora nos cabe otra gran jornada: planificar en forma más armónica nuestra legislación social y educacional, todavía tan incongruente, que poseemos. Tal será, para nosotros, una de las tareas de post-guerra, ya que no puede aumentar el rendimiento económico de un pueblo, sin

previsión social y espiritual adecuadas en todas las profesiones y clases. Manuel Ugarte, no por mero azar ha escrito su último libro en tierra chilena; tampoco por mero azar es un noble exilado de ella. ¡Escuchémosle!—ANTONIO DE UNDURRAGA.



CULTURA Y LIBERACIÓN, Ensayos, por *Gabriel Gutiérrez Ojeda*. (Prólogo de Manuel López-Rey). Empresa Editora Zig-Zag. Santiago.

Con mucha claridad en la exposición de las ideas, el autor de estos Ensayos ha desarrollado un tema central concebido también con mucha claridad.

Uno a uno, a medida que va estudiando los diversos problemas—tan difíciles—del lenguaje humano, y de la cultura humana, y de la indecisión humana, va concretando y al mismo tiempo haciendo sensibles las abstrusas relaciones de los fenómenos, independientes o recíprocos, de cada cosa. Sabiamente, no pretende inquirir la causa de las causas, supremo límite del entendimiento, y se concentra en el análisis correlativo de las causas representativas, y en sus efectos.

En teoría y voluntad, el señor Gutiérrez Ojeda propende hacia un humanismo dinámico, hacia una ecuación integral de la cultura, que afirme de nuevo en múltiples raíces la intelectual relación del hombre con la vida y con la época. Crítica y afán de liberación a la vez, por contrapuestas consecuencias, de las frías normas actuales, niveladas por técnicos impersonalismos y «especialismos» carentes de responsabilidad humana.

No tienen, estos ensayos, ni los necesitan, retóricas ni ostensibles señuelos tendenciosos o dogmáticos. Gutiérrez Ojeda, hombre muy joven, mira el difícil panorama desde el vértice consciente de su verdad, y si alguna sombra o error hubiere en